

DEL ANTIFRANQUISMO A LA AUTONOMÍA OBRERA. UNA EXPERIENCIA DE LA IZQUIERDA REVOLUCIONARIA EN ESPAÑA: LA UNIÓN COMUNISTA DE LIBERACIÓN (1971-1977)¹

Víctor Peña González

Universidad de Cádiz

victor.pena@uca.es

<https://orcid.org/0000-0002-0092-9579>

Julio Pérez Serrano

Universidad de Cádiz

julio.perez@uca.es

<https://orcid.org/0000-0001-7644-4255>

Introducción

En los últimos años hemos sido testigos de un renovado interés historiográfico por las formaciones vinculadas a la izquierda revolucionaria en el período crítico de la Transición española a la democracia. Cada vez son más los autores que valoran positivamente el impulso antifranquista y democratizador que generaron numerosas formaciones, situadas a la izquierda del Partido Comunista de España (PCE), en ámbitos olvidados por los grandes relatos referidos a esta etapa, en los que se prima a los actores políticos que, por el consenso y la moderación, coadyuvaron a asentar el modelo de democracia vigente en España desde 1978.

Valorar el papel que este elenco de formaciones revolucionarias tuvo en el proceso transicional escapa a los objetivos de este trabajo. No obstante, pensamos que es necesario conocer los proyectos de estas organizaciones que, en abierta confrontación con la hoja de ruta de los grandes partidos de la izquierda tradicional, implicados en la negociación con los sectores

reformistas del régimen, establecieron su propio rumbo hacia la «revolución» y el «socialismo» en condiciones adversas de represión y clandestinidad. Este trabajo pretende aportar luz sobre uno de esos partidos, la Unión Comunista de Liberación (UCL), cuya trayectoria puede servir de guía para explorar un universo más amplio, el de las organizaciones marxistas revolucionarias que, partiendo del consejismo y de un leninismo heterodoxo,² evolucionan hacia la autonomía obrera y acaban disolviéndose, por agotamiento de su ciclo histórico, a finales de los setenta.

El interés en conocer a la UCL está más en reconstruir el variopinto *collage* que componía el mosaico de la izquierda revolucionaria en el tardofranquismo que en la magnitud, más que modesta, de sus realizaciones. Efectivamente, la UCL aglutinaba apenas a unos cientos de militantes. Sin embargo, su teoría y su praxis estuvieron orientadas a la meta más ambiciosa de organizar al sujeto revolucionario (la clase obrera) hacia unos objetivos estratégicos (el socialismo y el comunismo) que a comienzos

de los setenta todavía parecían, a ojos de aquellos militantes, una posibilidad real. Su corta trayectoria, apenas una década, nos permite, sin embargo, reconstruir la deriva de la «izquierda comunista» de inspiración consejista hacia la autonomía obrera, en el marco del llamado marxismo revolucionario.³

La literatura referida a este espectro ideológico no es tan abundante como la que ha generado el marxismo-leninismo, en parte como reflejo también del diferente peso que ambas corrientes revolucionarias del marxismo tuvieron en la historia reciente de España.⁴ De hecho, en las tesis de Consuelo Laiz Castro (1993) y José Manuel Roca (1995), las primeras que abordan el espacio de la izquierda radical, apenas tienen visibilidad los grupos consejistas y los autónomos.⁵ En la de Julio Antonio García Alcalá (1997), centrada en el espacio de la «nueva izquierda», sí aparecen algunas referencias, aunque muy parcas, cuando se exponen las derivas finales de las llamadas Organizaciones Frente.⁶

En los últimos años, la situación ha cambiado. Gonzalo Wilhelmi y Albert Planas, en sus respectivas tesis sobre la izquierda radical en Madrid y en Barcelona, han prestado atención a los grupos marxistas revolucionarios, y Joel Sans Molas ha convertido a uno de ellos, la Organización de Izquierda Comunista (OIC), en objeto de su trabajo doctoral.⁷ Estas tres obras muestran un avance sustancial en la calidad de los trabajos académicos referidos a la izquierda comunista, el consejismo y la autonomía obrera.

Es importante mencionar también los libros colectivos sobre el tardofranquismo y la transición que, cada vez con más frecuencia, incluyen capítulos sobre las izquierdas revolucionarias, y los distintos dossieres sobre la izquierda radical aparecidos en revistas, entre los que cabe destacar los coordinados por Miguel Romero, en *Viento Sur*, y Emanuele Treglia, en la revista *Ayer*.

Especial interés, por su extensión y diversidad temática, posee la obra colectiva que recoge los aportes al Congreso «Las otras protagonistas de la Transición: la izquierda radical y los movimientos sociales», celebrado en Madrid en 2017.⁸

Por lo que se refiere a las organizaciones marxistas revolucionarias, contamos, entre otros, con el trabajo de Rafael Iniesta sobre la prensa trotskista y con la historia de la Liga Comunista Revolucionaria (LCR), coordinada por Martí Causa y Ricard Martínez i Muntada.⁹ Los grupos consejistas cuentan con aportaciones específicas, como la ya mencionada tesis de Joel Sans sobre la OIC, o la síntesis de Pelai Pagés sobre el Partido Obrero de Unificación Marxista (POUM) en la Transición.¹⁰ Más abundante es la literatura sobre la autonomía obrera, sobre la que existen interesantes y esclarecedores trabajos y otras obras que integran experiencias militantes en este periodo.¹¹

La génesis de la Unión Comunista de Liberación

La Unión Comunista de Liberación nació, como otras muchas formaciones revolucionarias, en Barcelona, al calor de la efervescencia política que caracterizó Cataluña en los últimos años de la dictadura. Integró destacamentos procedentes de dos de los grandes manantiales que, junto al Partido Comunista de España (PCE) y los nacionalismos periféricos, alimentaron a la izquierda radical: el sindicalismo católico y la «nueva izquierda», en este caso la *nova esquerra catalana*, cuyo referente principal fue el *Front Obrer de Catalunya* (FOC).

Los dos grupos que van a converger en la UCL se gestan en la coyuntura crítica de 1969, influida por los ecos del Mayo francés. Tras la IV Conferencia del FOC, cerrada en falso en mayo de 1969, se inició en Cataluña una diáspora que daría lugar a una constelación de organizaciones pretendidamente revolucionarias. Una de

ellas, liderada por Manuel Murcia y José Antonio Díaz, partidarios de la autonomía obrera, comenzó a editar el boletín *¿Qué hacer?*, que inicialmente daría nombre al grupo. En septiembre, crearon los Círculos de Formación de Cuadros (CFC) y en 1970 comenzaron a impulsar las Comisiones Obreras de Empresa (COE) y las Plataformas de Comisiones Obreras, que actuaban como estructuras de coordinación de las COE. Pero, en diciembre, los CFC comenzaron a agrietarse, dando lugar a cuatro nuevas formaciones: los Grupos Obreros Autónomos (GOA), creados en diciembre de 1970, que defendían la autonomía obrera; los Círculos Obreros Comunistas (COC), nacidos en 1971, de inspiración consejista con influencias leninistas; una rama menor autodefinida como marxista revolucionaria, con tintes autogestionarios, que se integró en la ORT, aunque pronto se escindió pasando a editar la revista ciclostilada *Topo Obrero*,¹² y un cuarto grupo, influido por el consejismo y la democracia directa, que constituirá el núcleo principal de la UCL.¹³

La onda revolucionaria impactó también en Acción Sindical de Trabajadores (AST), sindicato clandestino de inspiración católica, promoviendo su transformación en una organización política, la Organización Revolucionaria de Trabajadores (ORT). En el verano de 1971 el nuevo partido evolucionó hacia el maoísmo, por lo que el sector sindicalista, opuesto a esta reconversión marxista-leninista, abandonó la organización, convergiendo con el grupo procedente del FOC en la fundación de la UCL.¹⁴ Una figura destacada de la UCL, procedente de la ORT, sería Ramón Fernández Durán, dirigente de la corriente asamblearia en Madrid.¹⁵ En Cataluña destacarán los liderazgos de Raúl García-Durán de Lara e Ignacio Merediz, procedentes del sector universitario.¹⁶

En el verano de 1971, la UCL daría sus primeros pasos, emitiendo su primer documento

oficial.¹⁷ La nueva organización se situó desde un principio en el ámbito de la «izquierda comunista», formada en los años posteriores a la Revolución de Octubre por los grupos comunistas que, como la izquierda germano-holandesa y los consejistas, criticaron el modelo que se impone en Rusia después de 1917, al que consideraban un capitalismo de Estado. En sentido amplio esta adscripción abarcaría tanto a los grupos antileninistas de la «ultraizquierda» como a la izquierda comunista italiana inspirada por Amadeo Bordiga, que sí incorpora el leninismo. La UCL no es ajena a esta problemática, pues en un primer momento integra en su seno a partidarios y detractores del leninismo.

Como sus homólogos europeos, en su definición ideológica rechazaban tanto el reformismo como el estalinismo y el trotskismo, corrientes que consideraban autoritarias. La UCL marcaba distancias tanto con el PCE como con sus críticos «autoritarios», desde el PCE (internacional) a la Liga Comunista Revolucionaria (LCR).¹⁸ Se declaraba comprometida con el objetivo de unificar a la «izquierda comunista», de cuyo legado revolucionario, antiburocrático y antiautoritario se sentían imbuidos.¹⁹ Sin embargo, la idea de trabajar por la unidad, más que la de construir un nuevo partido, quedaba clara ya en su primera publicación, aparecida en 1972: «[somos] un nuevo grupo que últimamente se ha sumado a la izquierda española, con deseos no de ser uno más, sino de contribuir a unificarla».²⁰

La ejecución de Salvador Puig Antich el 2 de marzo de 1974 mostrará, a juicio de la UCL, la debilidad de la izquierda revolucionaria española, vista la escasa respuesta que generó el proceso que sufrió el joven militante del Movimiento Ibérico de Liberación (MIL). De ahí nacería su convencimiento de «la necesidad de ir vertebrando a la izquierda comunista», buscando una «unidad de acción anticapitalista»²¹ que fuera capaz de disputarle la hegemonía al

reformismo, encarnado principalmente por el PCE, que en su VIII Congreso, celebrado en 1972 había ratificado la estrategia del «Pacto para la Libertad».²²

El desarrollo de las luchas populares y, especialmente, del movimiento obrero, reforzará las posiciones unificadoras de la UCL, al considerar que «nos encontramos en una fase en que las luchas de la clase superan y desbordan con mucho el nivel de organización existente»,²³ por lo cual el objetivo no podía ser otro que impulsar organizaciones capaces de actuar como «vanguardias transitorias», útiles para empujar a un movimiento obrero en auge hacia la revolución. A ello se unía la necesidad de combatir el reformismo, el cual consideraban en fase de reagrupamiento, para lo que se haría necesario superar el «grupuscúlismo» y trabajar por la creación de un «Partido revolucionario».²⁴

En julio de 1973, esta línea política empezó a dar resultados, aunque no de la mano de la UCL. Fue el Partido Obrero de Unificación Marxista (POUM), referente histórico del marxismo revolucionario en España, quien rompió el hielo e inició los contactos con Lucha Obrera (LO), organización escindida en 1971 de la Unión Sindical Obrera (USO),²⁵ con la que estableció un comité de enlace.²⁶ Tras varias reuniones este comité elaboró un documento base para la discusión.²⁷ La UCL se incorporó a este proyecto en junio de 1974, en una reunión a tres bandas en la que, por territorios, estuvieron presentes «grupos obreros» de Sevilla —probablemente, la Organización Comunista (OC), escisión de Acción Comunista (AC) nacida en octubre de 1973—,²⁸ Valladolid, Madrid y Asturias.²⁹ En la reunión se discutieron dos documentos políticos y se compartieron experiencias de lucha en los diferentes puntos del interior. El encuentro acabó con un acuerdo para continuar el debate y mantener una próxima reunión; las sensaciones eran inmejorables:

Esta reunión —la primera en su género— se desarrolló en un clima de fraternal camaradería y se clausuró con una profunda satisfacción por parte de todos. La etapa de reagrupamiento de los marxistas revolucionarios se ha abierto en excelentes condiciones y todo permite esperar que no tardarán en apreciarse sus resultados.³⁰

La siguiente reunión se celebró en noviembre de 1974, con asistencia del POUM, LO, la UCL y AC, que poco antes había firmado también el manifiesto de los «marxistas revolucionarios». OC mantuvo el vínculo con el proyecto unitario, a pesar de no haber podido acudir a la reunión, y las Comunas Revolucionarias de Acción Socialista (CRAS) expresaron su deseo de participar, aunque tampoco pudieron hacerlo «por razones prácticas».³¹ La UCL valoró positivamente esta segunda reunión, en tanto que preparaba los cauces de una futura unificación y respetaba su línea política. Asimismo, solicitaban la unidad de acción por la base, la creación de una revista de discusión, que adoptaría el nombre de *Lucha Obrera*, y la necesidad de extender la corriente de unidad desde la «izquierda no burocrática (marxismo revolucionario) [...] hacia todas las corrientes de izquierda comunista (organizadas o no)».³²

De esta reunión salió una nueva llamada para el reagrupamiento de los «marxistas revolucionarios», que fue publicado en el primer número del boletín conjunto que el comité de enlace, formado por las cinco organizaciones implicadas en el proceso (POUM, LO, UCL, OC y AC), comenzó a publicar en enero de 1975. En él se denunciaba el carácter burocrático de los regímenes socialistas, se ensalzaba la democracia obrera y se anunciaba la creación de un partido marxista revolucionario que contribuiría a instalar en España el poder obrero.³³

Pero, en la siguiente reunión, estalló el conflicto entre el POUM y AC, las dos organizaciones «mayoritarias», por hegemonizar el proceso de unificación, que buscaban dotarse

de una base obrera en el interior de la que ambas carecían.³⁴ En contraste, se estrechaban los lazos tanto políticos como de acción entre la UCL, LO y la OC. En junio de 1975 se unió al proceso una nueva organización, el Grupo Comunista Revolucionario (GCR).³⁵

El POUM y AC, sumida ya en una profunda crisis, abandonarán definitivamente el proceso. Este distanciamiento revela la complejidad del universo marxista revolucionario. Dejando a un lado el trotskismo, que también se reclamaba heredero de esta tradición, la salida del POUM y AC evidencia la brecha creciente entre estos partidos, de inspiración consejista, pero abiertos al legado leninista, a la relación con el trotskismo y a la formación de coaliciones electorales, y las organizaciones que estaban evolucionando hacia la autonomía obrera, que rechazaban cualquier forma de marxismo autoritario (leninismo, trotskismo y estalinismo) y propugnaban el boicot electoral, tanto político como sindical.

En contrapartida por la salida del POUM y AC, se incorporarán al proceso de unidad en curso otras dos organizaciones, *Germania Socialista* (Hermandad Socialista, GS)³⁶ e Insurrección,³⁷ partido este último con el que la UCL mantenía estrechas relaciones a raíz de la huelga madrileña de comienzos de 1976.³⁸ Esta evolución hacia posiciones unitarias y cada vez más próximas a la autonomía obrera refleja también el cansancio provocado por lo que, ya a mediados del 1976, el propio órgano de Insurrección consideraba «la individualista e ineficaz izquierda comunista [...], con serias dificultades a la hora de tomar una posición unitaria»,³⁹ mencionando, sin excluirse, también a la UCL, OC, Octubre, el Partido Marxista Proletario (PMP), AC, la OICE, LO, Liberación y Germania Socialista.

A finales de 1976 la unidad orgánica entre OC y la UCL, bajo las siglas de esta última, era ya una realidad.⁴⁰ En marzo de 1977 las cinco

organizaciones comprometidas en el proceso (GCR, UCL, LO, GS e Insurrección) constituirán la Mesa de Unificación de la Izquierda Revolucionaria (MUIR), de la que surgirá en mayo-junio de 1977 un nuevo partido, el Movimiento de Liberación Comunista (MLC) que ocuparía un espacio inclinado de forma cada vez más clara hacia la autonomía obrera. En Cataluña, donde estaba el núcleo principal, la organización adoptó el nombre de *Moviment d'Alliberament Comunista* (MAC). El MLC tendrá una vida corta. Compartirá este espacio lindante con la autonomía obrera con otro grupo, Liberación, cuyo principal núcleo se encontraba en Madrid. Ambas formaciones serán, a finales de los setenta, los máximos exponentes organizados de la autonomía obrera en España.⁴¹

La evolución ideológica del partido

Los militantes de la UCL se declaraban comunistas no burocráticos y no dogmáticos, adoptando una identidad propia como «izquierda comunista» o «marxistas revolucionarios», y rechazaban el supuesto legado de «errores y horrores» que los regímenes comunistas habrían ejecutado o permitido en sus esferas de influencia. A ello se añadía el tipo de militancia, criada a la sombra de la dictadura y politizada en las experiencias concretas de lucha contra el régimen franquista, sin ningún vínculo que la atara a la generación anterior, iluminada por el faro del comunismo soviético.

Jesús Ricart nos da una vaga definición ideológica del partido:

Nuestro proconsejismo era teórico [...] Entiendo que también hubo una idealización de los soviets rusos [...] No teníamos una idea clara de lo que significaba hacer una revolución, aunque nos desmarcábamos de las que se habían hecho hasta ese momento en la Historia, a la vez que profesábamos una cierta idealización de todas y especialmente de la guerrilla cubana, de la ocupación del Kremlin [sic, se supone que se refiere,

erróneamente, a la toma del Palacio de Invierno] o la Larga Marcha maoísta.⁴²

En la práctica combinaron una suerte de leninismo heterodoxo con el consejismo y la autonomía obrera, orientación esta que fue convirtiéndose en la principal fuente de inspiración. En su evolución podemos definir dos etapas. En la primera, que va desde su fundación en 1971 hasta finales de 1975, el partido se ubica en la corriente de la izquierda comunista, dentro del marco más amplio del marxismo revolucionario, estableciendo relaciones tendentes a la unificación orgánica con grupos consejistas, como OIC, POUM y AC, e incluso con organizaciones trotskistas, como LCR o LC, para llevar a cabo determinadas acciones conjuntas. En una segunda fase, que irá de 1976 hasta su desaparición a mediados de 1977, la retirada del POUM y AC del proceso de unificación conllevó un alejamiento de las posiciones consejistas y un reforzamiento de la tendencia autónoma que se plasmó en los debates de la MUIR que condujeron a la unificación en el MLC. El partido unificado continuó este viraje hacia la autonomía, llevándolo a su máxima expresión a partir de mediados de 1978, al disolverse el partido para fundirse en la espontaneidad de las masas.

En la primera etapa (1971-1975) predominan los llamamientos a la «izquierda comunista», utilizando sus tópicos principales, la «democracia obrera» y la «autogestión», presentes no solo en los documentos de la UCL, sino también en los primeros textos elaborados conjuntamente con las otras organizaciones que promovían la unidad de los «marxistas revolucionarios». Ello no impedía que afloraran divergencias en torno a temas relevantes, como el de las «organizaciones de clase». Prueba de ello es que, tras la celebración de la II Conferencia por el Reagrupamiento de los Marxistas Revolucionarios de España, en la cual participó también la UCL, Lucha Obrera y AC suscribieran que:

el socialismo no puede confundirse con la dictadura de ningún partido, sino que debe estar definido por la DEMOCRACIA OBRERA y la AUTOGESTIÓN, lo que nos lleva a rebatir todo intento de dirigismo o suplantación de las organizaciones creadas por los trabajadores y a una concepción democrática del partido en pugna con la tradicional división entre los dirigentes y dirigidos. [...] La reunificación de los marxistas revolucionarios, de la izquierda comunista [... se da] a pesar de todas las divergencias [...] a nivel de enjuiciar las organizaciones de clase [...].⁴³

En el otoño de 1975 estas diferencias con el consejismo en lo referido al rol protagónico que la UCL y LO concedían a la «organización de clase» comenzaban a ser visibles. AC rechazaba esta teorización, considerando que los consejos obreros eran el máximo nivel de conciencia del proletariado, mientras que UCL y LO insistían en el papel protagónico de la «organización de clase» en el proceso revolucionario, a lo que unían además los conceptos de «autonomía de clase» y «autonomía de lo político»,⁴⁴ de una manera más precisa LO que UCL.⁴⁵ El viraje de OIC hacia el marxismo-leninismo en 1977⁴⁶ y la virtual desaparición del POUM y AC en 1978-1980, tras su frustrado congreso de unificación en octubre de 1978, debilitarán las posiciones consejistas en el ámbito de la izquierda revolucionaria, favoreciendo la hegemonía de la tendencia, ya presente en la conferencia antes citada, partidaria de buscar una síntesis con las tesis de la autonomía obrera.⁴⁷

Pese a todo, todavía en enero de 1977 la UCL marcaba una clara diferenciación con los grupos autónomos, a los que criticaba como idealistas y «antipartido»:

[...] alguno de estos grupos se ha visto obligado a asumir como necesario el concepto de vanguardia, manteniendo una separación artificial y carente de contenido real, entre el concepto de vanguardia y el de Partido. ¿Llevarán esta evolu-

ción hasta su final lógico, como nos pasó a nosotros, reconociendo que de hecho ellos son también un Partido y adoptando la estructura centralista imprescindible para funcionar como tal!⁴⁸

De esta manera, la UCL reiteraba su adscripción marxista, frente al anarquismo que inspiraría la autonomía obrera entendida, en términos absolutos, como la negación del partido revolucionario. Se situaban así un espacio que denominaban, quizá anacrónicamente, «nueva izquierda», que afirmaba la importancia del partido de vanguardia, pero no le reconocía el rol decisivo que le atribuía el modelo leninista. Pretendían hacer compatible de este modo su identidad marxista revolucionaria con una noción más realista y funcional de la autonomía obrera, afirmando que «[l]a autonomía y la autoorganización que preconizamos no estriba pues en una valoración idealista de las masas como capaces de apañárselas solas en todo el proceso revolucionario, sino en la valoración materialista de la capacidad de protagonismo que las masas tienen».⁴⁹

Con la noción de «vanguardia transitoria» la UCL intentará sustentar teóricamente su pretensión de unificar el marxismo y la autonomía obrera, superando la división heredada de la Primera Internacional y reforzada por la experiencia soviética, que a su juicio estaba en el origen de la dificultad que la clase trabajadora tenía para alcanzar sus metas revolucionarias.

Esta evolución permitió a la UCL tender puentes en el panorama internacional con las organizaciones italianas, portuguesas y francesas que a mediados de los setenta eran los principales referentes del movimiento autónomo.⁵⁰ Estas relaciones se plasmaron en viajes de la militancia a Italia para conocer la experiencia concreta de los autónomos italianos ya en la etapa del MLC.⁵¹ Lo que comenzó siendo una propuesta pragmática para expresar el rechazo a las prácticas burocráticas del comunis-

mo ortodoxo terminó dibujándose como una convicción ideológica. En abril de 1976, la UCL afirmaba su adscripción a la autonomía obrera declarando que, frente al reformismo y al burocratismo, «Italia, España, Portugal, etc., donde el movimiento autónomo de la clase ha adquirido una importancia mayor, dan la alternativa oportuna».⁵²

La evolución de UCL hacia la autonomía puede apreciarse también en las valoraciones que realizaban los propios militantes. A finales de 1976, uno de los boletines internos de la organización recogía las opiniones de un miembro abiertamente partidario de la autonomía obrera, preocupado por «cómo acabar con la atomización del movimiento autonomista [sic] para que, organizándolo, sea una corriente de fuerza dentro del movimiento [obrero]».⁵³

El corpus teórico del partido se guiaba por una firme defensa de un funcionamiento interno democrático, algo que probablemente no se cumpliera tan bien en la práctica como sobre el papel: «el funcionamiento de UCL se presentaba como más democrático [en lo] interno, en la práctica era tan centralista como otros partidos».⁵⁴ No obstante, existía una amplia libertad de crítica a todos los elementos del partido, incluida la dirección, y el debate interno que se producía a la hora de confeccionar los diferentes periódicos, revistas y boletines, con críticas abiertas, validaban la declaración de principios que hacían en la presentación de la revista política de la organización: «Entendamos lo del grupo, no de su comité de dirección: los nuevos métodos de trabajo llevan a la necesidad de discusión y elaboración conjunta por todo el grupo, no por los listorros [sic], de los temas importantes, y solo cuando esta discusión sea total podrá ser publicada como propia».⁵⁵ Asimismo, el partido garantizaba el derecho de tendencia, lo que contribuía de alguna manera a ofrecer garantías de control democrático sobre la organización.

Una cuestión básica es la influencia del leninismo, basamento común de la mayor parte de las organizaciones comunistas. Los vínculos que unían a la UCL con el leninismo fueron, desde un principio, más simbólicos que ideológicos o prácticos. Se declaraban comunistas, pero rechazaban el estalinismo por haber constituido en un dogma las aportaciones de Lenin. Sin embargo, la estructura del partido sí respondía, aunque con pequeñas variaciones, a la de los partidos de nuevo tipo ideados por Lenin.⁵⁶

No obstante, la función atribuida al partido se alejaba sustancialmente del modelo leninista. La UCL no se consideraba ni aspiraba a ser la vanguardia del proletariado que organiza la revolución, sino solo una «vanguardia transitoria» que instruye y orienta a las masas y que se funde con ellas una vez que estas han alcanzado el nivel de conciencia suficiente como para que su autoorganización prescindiera de agentes externos a ella. Esta «autodirección» de la lucha obrera y sindical era asumida como el mejor método de politización de las masas.⁵⁷ Cabe la duda de si esta línea política obedecía originariamente a la búsqueda de una teoría revolucionaria adecuada para las condiciones de España, o era el resultado de la incapacidad de la UCL para hegemonizar aquellos espacios de lucha obrera donde incidía políticamente, por ejemplo, las Plataformas o Comisiones Obreras.

Esta pérdida relativa de importancia del «partido de vanguardia» en tanto que orientador de la lucha revolucionaria de las masas era compensada por el concepto de «organización de clase», verdadero núcleo de su proyecto político y responsable, en buena medida, de la posterior evolución político-ideológica de la UCL hacia la autonomía obrera. La «organización de clase» sería un nuevo nivel organizativo frente a las organizaciones de masas (sindicatos) y los sectores más conscientes del movimiento obrero (partido). Se trataría, por tanto, de un estadio superior de organización

de la clase obrera en un escenario específico de agudización de la lucha de clases.

Sobre esta conceptualización la UCL encontraba ejemplos históricos en los soviets, pero también en la UGT y la CNT, en su «transformación [...] en auténticas organizaciones políticas»,⁵⁸ un salto que sitúan en un período no especificado, probablemente refiriéndose a su evolución durante la Guerra Civil. También las Comisiones Obreras, en su período inicial de gestación, habrían encajado en esta idea de la «organización de clase», si bien la UCL consideraba que para entonces (1972) ya se habían transformado en un sindicato al uso.

Para que la organización de clase pudiera surgir con éxito en España debía cumplir tres condiciones: actuar en la clandestinidad para asegurar su continuidad orgánica; redoblar los esfuerzos de instrucción y formación política del movimiento obrero para reparar el daño de la derrota de 1939, y adoptar un carácter unitario y autónomo. Además, condicionaban el afianzamiento de una organización de tales características a su implantación en los niveles nucleares básicos del conflicto: en el ámbito de la empresa y en el barrio. Esta dualidad en su orientación marcará la praxis de su intervención pública a lo largo de toda su trayectoria.

Los frentes de lucha sociopolítica

El partido dividía sus frentes de lucha o de masas agrupándolos en tres categorías: fundamentales (empresas industriales, empresas de servicios masificadas y barrios obreros), prioritarios (cultura o enseñanza) y secundarios (otras empresas).⁵⁹ En la práctica los frentes secundarios no fueron desarrollados, y el frente de enseñanza tuvo una implantación demasiado débil para prestarle una atención pormenorizada. Los esfuerzos por constituir COE y Comisiones Obreras de Barrio (COB) no estuvieron necesariamente vinculados al movi-

miento sociopolítico de Comisiones Obreras. La acción de la UCL en el ámbito laboral comienza, de hecho, a través de su intervención en las Plataformas.

Las Plataformas actuaban como coordinadoras que agrupaban a las COE en un ámbito territorial. Estaban concebidas como un espacio de lucha sindical, compartido con otras organizaciones que habían surgido en la etapa final del FOC, y se consideraban herederas del legado revolucionario de Comisiones Obreras, ofreciendo una alternativa a la tutela que sobre estas ejercían el PCE y el PSUC.⁶⁰ Como señala Joel Sans, en sus primeros años las Plataformas constituían un espacio diverso en el que colaboraban y competían la UCL, AC, Lucha de Clases (LdC), las COC y los GOA, además de no afiliados y activistas cercanos a las tesis de la autonomía obrera.⁶¹ Las Plataformas son entendidas inicialmente como el espacio de combate contra el reformismo en el ámbito laboral, su alternativa socio-política inmediata. Pero la UCL considera que los peligros que habrían «pervertido» a las Comisiones Obreras originales amenazaban también a las Plataformas: «la poca claridad de sus planteamientos iniciales hace que los vicios de Comisiones no hayan sido totalmente superados, de forma que, si bien no constituyen características graves hoy, siempre se hallan latentes como peligros en que es muy fácil caer si no se tienen en cuenta y se buscan los medios para evitarlos».⁶² Como vacuna, la UCL proponía paliar «la falta de unos objetivos intermedios concretos, lo que lleva a la ineficacia, al no saber qué hacer, y como consecuencia a la discusión de «principios políticos, totalmente estériles así en abstracto»,⁶³ todo lo cual servía de excusa para ocultar la lucha por el control del movimiento.

La crisis de Plataformas y la hegemonía cada vez mayor de los COC-OICE en ellas empujará a la UCL a buscar alternativas.⁶⁴ Las Comisiones Obreras no podían ser tenidas en cuenta

ya que las consideraban degeneradas por el «reformismo» del PCE. Además, se añadía un rechazo frontal a la estrategia de Comisiones Obreras tendente a la utilización del Sindicato Vertical, en la que veían una legitimación de las instituciones franquistas que habían servido a la burguesía para ejercer un mayor control sobre el movimiento obrero.⁶⁵ La alternativa se reducía a seguir impulsando las COE ya existentes y dotándolas de una coordinación capaz de orientarlas políticamente hacia los objetivos políticos que se planteaban. De esta manera, a comienzos de 1976 se inicia un diálogo en la provincia de Barcelona (allí donde la UCL concentraba su mayor número de militantes) con la organización Lucha de Clases (LdC). LdC propuso trabajar conjuntamente en las COE y las COB existentes y crear coordinadoras alternativas a las Plataformas Anticapitalistas, controladas por la OIC. Pero, aunque la propuesta de LdC tenía un carácter más abierto y unitario, la UCL mantuvo que el número de comisiones obreras no burocratizadas era escaso, por lo que el objetivo debía ser solo coordinar a estas en empresas cercanas y en base a tareas concretas, así como estimular la creación de comisiones donde existan militantes no adscritos a ninguna coordinadora.⁶⁶ Finalmente, no se lograrán acuerdos explícitos en torno a la unidad de acción con LdC y, a lo largo de 1976, se iniciarán contactos con diferentes organizaciones vinculadas a la autonomía obrera, como las Comisiones Autónomas de Trabajadores (CAT) y los Trabajadores Autónomos de Banca (TAB), así como con la CNT, para potenciar la coordinación de las COE que funcionaban al margen de las estructuras controladas por la burocracia reformista.⁶⁷

El barrio como frente de lucha obrero surgió para llenar el vacío provocado por la focalización de los reformistas en la lucha parlamentaria y como alternativa a la dedicación exclusiva de los «sindicalistas» al conflicto laboral. En la

medida en que la UCL aspiraba a una liberación integral de la sociedad y del individuo, entendía que los barrios eran un lugar más en que se materializaba la explotación de la clase obrera y, por ende, donde existían condiciones para desarrollar la tan deseada organización de clase.

Amén de una estructuración de tipos de barrios obreros y populares, realizada con no mucho rigor, la UCL mantenía que los barrios no solo eran lugares de explotación económica, sino también de «explotación ideológica», cuya lucha permitía experimentar formas alternativas de sociabilidad, así como incorporar a sectores sociales, como las amas de casa, la empresa familiar o los jubilados, a la lucha del movimiento obrero.⁶⁸

La UCL se proponía potenciar el movimiento ciudadano planteando reivindicaciones concretas para la mejora de las condiciones de vida en el barrio, extendiendo el movimiento obrero de las fábricas al barrio mismo y desarrollando una labor ideológica que permitiera a los trabajadores formarse políticamente en las luchas. La estructura sería similar a la ya existente en las fábricas, creando comisiones obreras en los barrios (COB) basadas en los mismos principios que regían a las COE. En 1974, al año de ponerse en marcha la apuesta por el movimiento ciudadano, la situación era caótica: no existían métodos de trabajo que garantizaran un correcto funcionamiento, las reuniones eran infrecuentes y los militantes indisciplinados, no se tenían conocimientos detallados de las problemáticas de los barrios, no se cumplían las normas de clandestinidad, había una palmaria «falta de responsabilidad de los responsables [sic]» y, en líneas generales, se tenía «poca incidencia en el barrio»,⁶⁹ limitada casi exclusivamente a los jóvenes.

Aunque el funcionamiento de las COB fue mejorando paulatinamente, muchos de sus defectos (incumplimiento de las normas de seguridad, falta de conocimiento del barrio...)

siguieron produciéndose. La división generacional en las COB no contribuyó prácticamente en nada a potenciar el movimiento, y a menudo las comisiones salieron adelante por la colaboración con otras fuerzas políticas. De la lucha de los barrios los militantes de la UCL extraían en 1976 las siguientes conclusiones: la democracia obrera a través de la asamblea era el instrumento más eficaz disponible; la unidad de acción era un elemento fundamental para obtener éxitos en la lucha barrial; mayores, jóvenes y mujeres debían tener enfoques específicos a la hora de estimular su movilización; y, por encima de todo, era necesario potenciar la autoorganización de la clase obrera.⁷⁰

La proliferación de los frentes de lucha fue una preocupación constante por parte de la UCL, si bien cabe pensar que esta dinámica respondía más a la idiosincrasia de sus militantes que a una orientación política definida, lo que explica por qué no consiguieron asentarse otras líneas de masas además de las de fábrica y barrio. De los restantes frentes que se ensayaron (servicio militar obligatorio, enseñanza y sanidad) el único que consiguió una cierta estabilidad fue el de la enseñanza, por la presencia de algunos maestros y estudiantes universitarios entre el grueso de la militancia, aunque en la práctica su incidencia fue muy limitada.

Entre la democracia y la revolución

Los análisis de la UCL situaban a España como un país desarrollado, donde la oligarquía monopolista había instaurado su dominio, quedando resueltas todas las «tareas pendientes» para los revolucionarios, quienes solo podían resolver las contradicciones del capitalismo a través de la revolución socialista.⁷¹ Experiencias históricas recientes, como la del 11 de septiembre chileno, habían venido a confirmar la idea de que la democracia no podía ser vista sino como antesala de la revolución, ya que, según recuerda uno de sus militantes, no se podía

confiar en «una vía parlamentaria al socialismo que ya se demostró fallida». Los análisis que presagiaban una crisis general y definitiva del capitalismo, avalados en apariencia por la profunda depresión que desde mediados de los sesenta venía afectando a algunos países, y especialmente a raíz de la crisis del petróleo en 1973, parecían avalar la «convicción de que la revolución [socialista] era posible».⁷²

El atentado que, en diciembre de 1973, provocó la muerte del presidente del gobierno español, Luis Carrero Blanco, sorprendió a la mayor parte de las fuerzas políticas, que vieron materializada la posibilidad del cambio de régimen. En el caso de la UCL, esta acción fue saludada como un avance limitado en la medida en que permitía a la burguesía aclarar cuál iba a ser su nueva «forma de dominio político», a la vez que ponía fin a «la dinastía de los grandes prohombres del franquismo».⁷³ Pensaban que la muerte de Carrero reforzaba al movimiento revolucionario, si bien, este hecho no debía confundir a los revolucionarios acerca del método para lograr sus objetivos, que no podía ser el terrorismo, sino la lucha de masas. No obstante, la UCL no renunciaba a la violencia, aunque precisaba las condiciones que justificaban su empleo:

Consideramos necesaria la justa utilización de la violencia revolucionaria que consolide los avances políticos e ideológicos de los trabajadores, pero en la medida en que esta violencia esté estrechamente ligada a la violencia de [... las masas], no situándose por delante, lo que lleva a un aislamiento [...].⁷⁴

De esta manera criticaban los medios empleados por el MIL o el PCE (marxista-leninista),⁷⁵ que consideraban incorrectos, y defendían que la violencia debía servir además para desprestigiar las instituciones burguesas. Esta valoración instrumental y pragmática de la violencia llevó a la UCL a participar, con todas las reservas expresadas, en la campaña de solida-

ridad con Salvador Puig Antich, con motivo de su condena a muerte en 1974, frente a la inhibición del reformismo (PSOE y PCE). Esta campaña mostró la debilidad de las organizaciones de la izquierda revolucionaria, al tiempo que reforzó la desconfianza de estas hacia el PCE por no haberla apoyado. La ausencia del PCE ya en la campaña inicial para evitar la ejecución de Puig Antich fue duramente criticada por la UCL, al considerar que una organización anticapitalista debía necesariamente haber adoptado un posicionamiento solidario con el joven militante catalán.⁷⁶ La escasa incidencia de estas campañas evidenció la debilidad política de la UCL y el resto de grupos revolucionarios, que, para justificar su fracaso, arremetieron contra el PCE, denunciando la posición adoptada por la opción mayoritaria del antifranquismo.

Esta animadversión hacia el PCE tenía su origen en la «política de reconciliación nacional» impulsada por este partido desde 1956. El «Pacto por la Libertad», consigna emblemática del VIII Congreso, celebrado 1972, fue interpretado desde un principio por la UCL como una forma de amordazar la movilización popular y restar contenido de clase a las luchas concretas. Esta estrategia no solo habría permitido la hegemonía a la burguesía en el tardofranquismo, sino que habría provocado una desnaturalización del PCE. Para la UCL, en manos de Santiago Carrillo, el Partido Comunista se había homologado a la socialdemocracia europea, lo que a su vez habría provocado el surgimiento de alternativas populistas, inspiradas por el maoísmo, como el Partido del Trabajo de España (PTE), la ORT o el Movimiento Comunista (MC), que en lo fundamental no se diferenciaban del PCE.⁷⁷

Sobre la política pactista del PCE sentenciaban que «ningún tipo de pacto les va a resolver «la papeleta» a los trabajadores, tan solo una alternativa revolucionaria y de clase puede situar a la clase obrera a la cabeza de su

propia liberación y a la de otros sectores de la sociedad oprimidos por el capitalismo». ⁷⁸ Desde esta perspectiva, la táctica de la Junta Democrática de España (JDE), lanzada por el PCE en julio de 1974, fue recibida por la UCL como una maniobra que reproducía los viejos errores del Frente Popular, ya que presentaba una dicotomía fascismo-democracia que ya se habría mostrado inoperante en 1936.

Para los marxistas revolucionarios la contradicción fascismo-democracia no era más que una contradicción secundaria instalada en los niveles del aparato del Estado. La contradicción principal, que se habría expresado ya en la Guerra Civil y seguiría vigente en los últimos años del franquismo y durante la transición a la democracia, enfrentaba al proletariado (junto a sus aliados de clase, que rara vez eran especificados en sus análisis teóricos) con la burguesía monopolista. El «Pacto para la Libertad» propugnado por el PCE sería, pues, una alianza contra natura entre polos opuestos, que privaba al proletariado de la autonomía estratégica necesaria para impulsar el proceso revolucionario.

Tras la muerte de Franco y, sobre todo, con la aprobación de la Ley para la Reforma Política, en diciembre de 1976, estos debates adquirieron una nueva dimensión. El desarrollo de la política pactista del PCE habría permitido una cierta aquiescencia de los trabajadores hacia la vía de la reforma. Por ello, y aunque el PCE, como el resto de la oposición de izquierdas, mostró su rechazo a esta ley, su aprobación en referéndum supuso el inicio del final para las fuerzas que aspiraban a avanzar hacia el socialismo por la vía revolucionaria. La UCL había propuesto el boicot activo en el referéndum, la misma posición adoptada en las sucesivas elecciones sindicales del régimen y la que mantendrá, desde 1977, el Movimiento de Liberación Comunista (MLC) tanto a nivel político como sindical. ⁷⁹ En consecuencia con ello, también promoverán también el boicot en el referéndum constitucional.

Para la UCL el proyecto reformista del Gobierno no suponía una verdadera democratización, sino que prefiguraba un sistema conservador de acceso al poder que fomentaría el turno de los partidos monárquicos y excluiría a las organizaciones revolucionarias situadas a la izquierda del PCE. La respuesta que el partido daba a la reforma era contundente:

[N]o debemos plantearnos la democratización como una etapa a conquistar y consolidar, sino como una brecha abierta que nos permita seguir el proceso de agudización de la lucha de clases, a través de la conquista de formas concretas de libertad; no como cauces de acceso al poder burgués, sino como medios para crear y consolidar nuestro propio poder: EL PODER OBRERO. ⁸⁰

Las abstracciones sobre la crisis del capitalismo, recurrentes en su discurso, llevaban a la UCL a la conclusión de que los sistemas políticos ensayados por el bloque dominante, incluida la «democracia burguesa basada en el consumo y la represión», ⁸¹ eran incapaces de encontrarle una solución, lo que los situaba en una posición de debilidad estructural. Era el momento de atacar. La clase obrera podía, con la lucha y la movilización, obtener concesiones parciales e incluso de alcanzar el poder. Si esto no se daba era considerado por la desorganización del movimiento obrero a causa de la hegemonía reformista. ⁸²

La «nueva forma de dominio de la burguesía» sería «prácticamente idéntica al régimen franquista [...] directa sucesión de este». ⁸³ Con la formación del gobierno de Arias Navarro, la UCL creyó ver cumplidos sus pronósticos: era todo lo que la burguesía podía conceder, ya que la verdadera democratización solo vendría de la movilización obrera. Esta nueva forma de dominio, a la que denominaban «democracia represiva», se asentaría en el control consumista y la coerción. La transición de la dictadura a la democracia, sin embargo, era contingente. Exis-

tían riesgos de involución y también posibilidades de un cambio «radicalmente más democrático». Ante tal perspectiva, se afirmaba que

[el partido] está y estará sin reservas por un cambio democrático por pequeño que sea y ello no solo por las posibilidades mayores de desarrollo que significaría para el M[ovimiento] O[brero], sino también por la necesidad que tiene la clase obrera de combatir todo tipo de opresión aunque no le afecte directamente.⁸⁴

El abanico de oportunidades políticas abierto con la crisis del franquismo no solo se limitaría, según sus análisis, a la reacción o la reforma política: también debía contemplarse el derrocamiento de la dictadura a manos del movimiento obrero. La situación podría desembocar, por ello, hacia diferentes escenarios: un régimen democrático burgués, uno democrático popular, e incluso uno plenamente socialista. De las tres opciones, la que estimaban más probable a corto plazo era la primera, dada la necesidad de la burguesía de transformar su forma de dominio, por lo que pensaban «que la transformación del estado burgués actual hacia formas, como mínimo más aparentemente democráticas, será obra de la propia burguesía monopolista integrada hoy en el aparato franquista». ⁸⁵ Esta probabilidad de instauración de un gobierno democrático burgués obedecería además a un contexto geopolítico en el que la influencia de Estados Unidos y el Mercado Común Europeo era determinante.⁸⁶

Consideraciones finales

La mirada de grupos y partidos surgidos en los años finales de la dictadura compusieron un puzle difícil de resolver. La Unión Comunista de Liberación constituye un buen ejemplo de lo que fueron los marcos de referencia⁸⁷ en que se desarrollaron los grupos inspirados por el marxismo revolucionario.

Lo primero que cabe afirmar es que la in-

fluencia del marxismo en el grupo nunca fue absoluta y tampoco dio lugar a una interpretación dogmática. En sus análisis no encontramos alusión alguna al supuesto carácter científico del método marxista. Es más, en el desarrollo de sus principales posiciones teóricas cada vez se alejaron más de los clásicos del marxismo. Desde el principio su lectura heterodoxa del comunismo, al estilo de la nueva izquierda, les hacía partícipes de un cierto idealismo que combinaban con un romanticismo y con la idealización de la clase obrera como sujeto histórico. El propio nombre de su revista teórica, *Comuna*, hacía referencia al carácter asambleario y unitario del movimiento obrero que pretendían recuperar, rechazando las experiencias históricas disgregadoras y la sumisión a la tutela de los partidos políticos.

El objetivo final de la organización, la lucha por la liberación integral del ser humano, y su firme rechazo de las formas burocráticas y autoritarias que, a su juicio, habrían degenerado el movimiento comunista, ocasionaron sin embargo un modelo de organización y funcionamiento poco eficaz, que provocó el descontento entre sus propios militantes⁸⁸ y evitó que su acción política lograra éxitos importantes. En sus apenas ocho años de existencia, la UCL y el MLC no lograron definir con claridad las relaciones entre el partido, la organización de clase y la propia clase obrera, mostrando incluso contradicciones en los planteamientos teóricos.

Su contumaz rechazo a la participación en las organizaciones unitarias del movimiento obrero, y muy especialmente en la estructura de Comisiones Obreras, defendiendo hasta sus últimas consecuencias y cada vez de forma más vehemente la autoorganización de la clase obrera al margen de las de vanguardias políticas llevó a la UCL y al MLC a un aislamiento creciente que terminó con su autodisolución. Ni siquiera durante la etapa de mayor desarro-

llo del partido, en 1976-1977, este no consiguió asentarse como una organización fuerte. Según los testimonios recabados, el presupuesto mensual del partido solía rondar las ochenta mil pesetas, casi siempre con déficit, y destinando unas veinte mil pesetas a los liberados por el aparato, lo cual apenas permitiría liberar, a lo sumo, a media decena de militantes.⁸⁹ Esto da una idea de la más que limitada capacidad del partido para desempeñar su labor revolucionaria. con una base militante cercana al millar de activistas.⁹⁰ Pese a todo, la UCL logró mantener presencia en provincias como Valencia, Zaragoza, Málaga, Granada, Madrid, Badajoz y, sobre todo, Barcelona, donde había nacido y donde en algunos momentos logró cierta visibilidad.

La Unión Comunista de Liberación fue una más de las organizaciones de la izquierda revolucionaria española, cuyo aporte en los procesos de democratización en España ha sido minusvalorado por la falta de relevos generacionales en el panorama político a partir de la década de 1980, el escaso eco electoral obtenido por el conjunto de la izquierda revolucionaria en los sucesivos comicios democráticos, así como por la limitada dimensión cuantitativa de sus agrupaciones.⁹¹ La evolución informal de la izquierda revolucionaria española, desde formaciones políticas centralizadas y basadas en las estructuras del partido de nuevo tipo leninista hasta la atomización de los nuevos movimientos sociales fue un factor determinante a la hora de difuminar el impacto que las aportaciones de multitud de organizaciones, como la UCL, tuvieron en los procesos de democratización. Con todo, a través de esta primera investigación hemos tratado de revelar cómo se produjo esa evolución focalizando esa tendencia en una de las primeras formaciones que iniciaron ese tránsito hacia los nuevos movimientos sociales, y cuál fue el valor concreto de su praxis política en ámbitos concretos del proceso democratizador.

Por último, la corriente representada, como ya hemos visto, mayoritariamente por Liberación y el MLC, espacio en el que desembocaría en su evolución final la UCL, no es fácil de catalogar. A su izquierda se encontrarían numerosos colectivos poco organizados estrictamente, más allá del culto a los consejos obreros y a las asambleas obreras. Otros conservarían el legado anarco-marxista de los grupos autónomos de comienzos de los setenta. La autodefinición dada por el MLC y sus herederos, «por la autonomía obrera» o «pro-autoorganización de la clase», nociones que compartían en sentido amplio numerosos grupos autónomos, sociedades editoriales y publicaciones, era interpretada por algunos militantes autónomos de la época como dos dimensiones diferenciadas («autonomía difusa» y «autonomía organizada») de un mismo movimiento.⁹²

ARCHIVOS CONSULTADOS

Archivo de la Fundación Pablo Iglesias (AFPI).
Dipòsit Digital de Documents de la Universitat Autònoma de Barcelona (DDD-UAB).

BIBLIOGRAFÍA

- AGUADO, Felipe et al., «Dossier:Autonomía Obrera», *El Viejo Topo*, 24, 1978, pp. 31-46.
- AMORÓS, Miguel et al., *Por la memoria anticapitalista. Reflexiones sobre la autonomía*, Desorden Distro, Klinamen, Barcelona, 2009.
- AMORÓS, Miquel y SEMPRÚN, Jaime, *Los incontrolados. Crónicas de la España salvaje, 1976-1981*, Klinamen, Biblioteca Social Hermanos Quero, Barcelona, 2004.
- ARNABAT, Ramón, «El Moviment Obrer Autogestioniari i el Topo Obrero», en LOFF, Manuel y MOLINERO, Carme (eds.), *Sociedades en cambio: España y Portugal en los Años Setenta*, Bellaterra, CEFID-UAB, IHC, 2012.
- BERMÚDEZ, Eva; PÉREZ SERRANO, Julio; ROCA, Beltrán, «El precio de la autonomía sindical durante la Transición española: el caso de la Unión Sindical Obrera en la provincia de Cádiz», *Tempo e Argumento*, 11, 27, 2019, pp. 359-386.
- CALVO, Pedro, *Camarada Intxausti. Retrato político de José Sanroma Aldea*, Emiliano Escolar, Madrid, 1977.
- CARRILLO-LINARES, Alberto, *Subversivos y malditos en la Universidad de Sevilla (1965-1977)*, Centro de Estudios Andaluces, Sevilla, 2008.
- CAUSSA, Martí y MARTINEZ I MUNTADA, Ricard (eds.), *Historia de la Liga Comunista Revolucionaria (1970-1991)*, La Oveja Roja, Madrid, 2014.
- CHAPUT, Marie-Claude y PÉREZ SERRANO, Julio (eds.), *La transición española, nuevos enfoques para un viejo debate*, Biblioteca Nueva, Madrid, 2015.
- COLECTIVO DE ESTUDIOS POR LA AUTONOMÍA OBRERA, *Luchas autónomas en la Transición democrática*, Zero ZYX, Bilbao, 1977.
- D[ESTRUYE], Joni, *Grupos Autónomos. Una crónica armada de la transacción democrática*, El Lokal, Barcelona, 2014.
- ESPAI EN BLANC (coord.), *Luchas autónomas en los años setenta. Del antagonismo obrero al malestar social*, Traficantes de Sueños, Madrid, 2008.
- ESTEBARANZ, Jtxo, «La eclosión de la corriente asamblearia (1969-1975)», *Viento Sur*, 115, 2011, pp. 72-78.
- FERNÁNDEZ DURÁN, Ramón, «De la autonomía de los 70 a la del siglo XXI», en WILHELMI, Gonzalo, *Armarse sobre las ruinas. Historia del movimiento autónomo en Madrid (1985-1999)*, Potencial Hardcore, Madrid, 2002, pp. 10-13.
- GARAU, Miguel, «El Movimiento Ibérico de Liberación-Grupos Autónomos de Combate (MIL-GAC). Ideología e influencias», *Historia del Presente*, 9, 2007, pp. 125-148.
- GARCÍA ALCALÁ, Julio Antonio, *Un modelo en la oposición al franquismo: Las organizaciones frente (FLP-FOCESBA)*, Tesis doctoral, Universidad Complutense, 1997.
- HERNÁNDEZ, Jerónimo [Dídac Fábregas], «Aproximación a la historia de las Comisiones obreras y de las tendencias forjadas en su seno», *Cuadernos de Ruedo Ibérico*, 39-40, 1972, pp. 57-79.
- INIESTA, Rafael, *La premsa trotskista (1939-2000): Catàleg de les publicacions troskistes a les biblioteques catalanes*, Servei de Publicacions UAB, Barcelona, 2003.
- LAIZ, Consuelo, *La izquierda radical en España durante la transición a la democracia*, Tesis doctoral, Universidad Complutense, 1993.
- LÓPEZ PETIT, Santiago, «Autonomía de la clase o autonomía de lo político», *El Viejo Topo*, 28, 1979, pp. 18-22.
- MCADAM, Doug; MCCARTHY, John.; ZALD, Mayer (eds.), *Movimientos sociales: perspectivas comparadas. Oportunidades políticas, estructuras de movilización y marcos interpretativos culturales*, Istmo, Madrid, 1999.
- PAGÉS, Pelai, «El Partit Obrer d'Unificació Marxista durant la transició democrática (1974-1981)», *Working Papers: Institut de Ciències Polítiques i Socials*, 156, 1998.
- PASAJES, Felipe, «Arqueología de la autonomía obrera en Barcelona 1964-1973», en ESPAI EN BLANC (coord.), *Luchas autónomas en los años setenta. Del antagonismo obrero al malestar social*, Traficantes de Sueños, Madrid, 2008, pp. 73-112.
- PASTOR, Jaime y SAINZ DE JUBERA, Luis Miguel, «El resurgimiento de una izquierda antiestalinista durante el franquismo», en TUSELL, Javier; ALTED, Alicia y MATEOS, Abdón (coords.), *La oposición al régimen de Franco: estado de la cuestión y metodología de la investigación*, UNED, Madrid, 1990, pp. 24-39.
- PASTOR, Jaime, «Ignacio Fernández de Castro (1919-2011). El largo aprendizaje de la «escuela de la vida»», *Viento Sur*, 119, 2011, pp. 99-103.
- PEÑA, Víctor y PÉREZ SERRANO, Julio, «La utopía

- asamblearia. El movimiento autónomo en la Transición española (1969-1979)», *Trocadero*, 32 (extra), 2021, pp. 297-314.
- PÉREZ SERRANO, Julio, «Orto y ocaso de la izquierda revolucionaria en España (1959-1994)», en Quirosa-Cheyrouze, Rafael (ed.), *Los partidos en la Transición: las organizaciones políticas en la construcción de la democracia española*, Biblioteca Nueva, Madrid, 2013, pp. 249-291.
- , «Estrategias de la izquierda radical en el segundo franquismo y la Transición (1956-1982)», en CHAPUT, Marie-Claude y PÉREZ SERRANO, Julio (eds.), *La Transición española, nuevos enfoques para un viejo debate*, Biblioteca Nueva, Madrid, 2015, 95-125.
- , «Los proyectos revolucionarios en la Transición española: cuestiones teóricas e historiografía», en CARANDELL, Zoraida; PÉREZ SERRANO, Julio; PUJOL, Mercè y TAILLOT, Allison (dirs.), *La construcción de la democracia en España (1868-2014). Espacios, representaciones, agentes y proyectos*, Presses Universitaires de Paris Nanterre, Nanterre, 2019, pp. 567-589.
- PIN, Ramón; QUINTANA, Francisco; PUBILL, Alberto (eds.), *Textos sobre la Autonomía Obrera. La sociedad, nuevo marco de producción*, Ricou (Hacer), Barcelona, 1980.
- PLANAS, Albert, *L'esquerra marxista radical a la Transició, 1967-1980*, Tesis doctoral, Universidad de Barcelona, 2014.
- QUIROSA-CHEYROUZE, Rafael (ed.), *Los partidos en la Transición: las organizaciones políticas en la construcción de la democracia española*, Biblioteca Nueva, Madrid, 2013.
- ROCA, José Manuel, *Poder y pueblo. un análisis del discurso de la prensa de la izquierda radical sobre la Constitución española de 1978*, Tesis doctoral, Universidad Complutense, 1995.
- , «Una aproximación sociológica, política e ideológica a la izquierda comunista revolucionaria en España», en ROCA, José Manuel (ed.), *El proyecto radical. Auge y declive de la izquierda revolucionaria en España (1964-1992)*, Madrid, Los Libros de la Catarata, 1994, pp. 33-68.
- SÁNCHEZ RODRÍGUEZ, Jesús, *Teoría y práctica democrática en el PCE (1956-1982)*, FIM, Madrid, 2004.
- SANS, Joel, *Militància, vida i revolució en els anys 70: l'experiència de l'Organització d'Esquerra Comunista (OIC)*, Tesis doctoral, Universidad Autónoma de Barcelona, 2017.
- SOTO, Álvaro, «Prólogo», en WILHELMI, Gonzalo, *Romper el consenso: la izquierda radical en la Transición española (1975-1982)*, Siglo XXI, Madrid, 2016, pp. 19-24.
- SERVICIO CENTRAL DE DOCUMENTACIÓN, *Unión Sindical Obrera (USO)*, [s.e.] [s.l.], 1975.
- TARROW, Sydney, *El poder en movimiento*, Alianza, Madrid, 1994.
- TÉBAR, Javier (ed.), «Resistencia ordinaria». La militancia y el antifranquismo catalán ante el Tribunal de Orden Público (1963-1977), PUV, Valencia, 2012.
- TORRES, Maggie, «The development of a new politic: the Autonomous Workers Groups (los Grupos Obreros Autónomos) in Barcelona during the last years of Francoism, 1968-1975», *International Journal of Iberian Studies*, 11, 1, 1998, pp. 85-102.
- TORRES, Maggie, *Anarchism and Political Change in Spain: Schism, Polarisation and Reconstruction of the Confederación Nacional del Trabajo, 1939/1979*, Sussex Academic Press, Eastbourn, 2019.
- VV.AA., *Las otras protagonistas de la Transición. Izquierda radical y movilizaciones sociales*, Brumaria, Madrid, 2018.
- WILHELMI, Gonzalo, *Izquierda revolucionaria y movimientos sociales en la Transición. Madrid, 1975-1982*, Tesis doctoral, Universidad Autónoma de Madrid, 2014.
- WILHELMI, Gonzalo, *Romper el consenso: la izquierda radical en la Transición española (1975-1982)*, Siglo XXI, Madrid, 2016.

NOTAS

- ¹ Esta investigación se inscribe en el marco del proyecto HAR2016-79134-R, financiado por el Programa Estatal de I+D+i, del Ministerio de Ciencia e Innovación, y del proyecto PY20_00922, del Plan Andaluz de Investigación, Desarrollo e Innovación 2020, financiado por la Consejería de Economía y Conocimiento de la Junta de Andalucía.
- ² Espai en blanc, 2008, p. 48.
- ³ Pérez Serrano, 2015, p. 41.
- ⁴ Pérez Serrano, 2019.
- ⁵ Laiz, 1993. Roca, 1995.
- ⁶ El Frente de Liberación Popular (FLP) y sus homólogos, el *Front Obrer de Catalunya* (FOC) y *Euskadiko Sozialisten Batasuna* (Unión de los Socialistas de Euskadi, ESBA), García Alcalá, 1997, tomo I, pp. 94-95, y tomo II, pp. 579-584.

- ⁷ Wilhelmi, 2014; Planas, 2014; Sans, 2017.
- ⁸ Quirosa-Cheyrouze, 2013; Chaput y Pérez Serrano, 2015; Tébar, 2012.VV.AA., 2018.
- ⁹ Causa y Martínez i Muntada, 2014; Iniesta, 2003. Pastor y Sainz de Jubera, 1990.
- ¹⁰ Pagés, 1998.
- ¹¹ Peña y Pérez Serrano, 2021; Espai en blanc, 2008; Amorós *et al.*, 2009; Aguado *et al.*, 1978; Torres, 1998 y 2019; Arnabat, 2012; Estebaranz, 2011. Colectivo de Estudios por la Autonomía Obrera, 1977; Amorós y Semprún, 2004. D[estruye], 2014. También convendría señalar el documental dirigido por Oriol Murcia, *Setenta y dos horas. Autonomía obrera en la Barcelona de los años sesenta*, Barcelona, Démodé Produccions SCCL, 2012.
- ¹² Cuando la ORT asumió el maoísmo, Sans, 2017, p. 155.
- ¹³ Garau, 2007, p. 130.
- ¹⁴ Entrevista a José Sanroma, 28 de mayo de 2019. Sanroma fue secretario general de la ORT desde 1974, aunque su liderazgo comenzó a prefigurarse desde 1970-71, momento en el que ingresa en el partido proveniente del Movimiento Comunista (marxista-leninista) de España, escisión del PCE(m-l) editora de *El Comunista* entre los años 1968 y 1969. Calvo, 1977.
- ¹⁵ «Cronología de la vida de Ramón F[ernández] D[urán]», en *La explosión del desorden... Vida de Ramón Fernández Durán* [blog], disponible desde Internet en: <https://laexplosiondeldesorden.files.wordpress.com/2011/03/ramc3b3n-vida-20-6-11.pdf> [consulta: 30/10/2019]. También, Pastor, 2011, p. 100.
- ¹⁶ Entrevista a Antoni Castells Durán, 12 de diciembre de 2019. Castells fue uno de los representantes del «sector continuista» del FOC. Tras la implosión de la organización frente, pasó a liderar en abril de 1970 el Grupo Comunista Revolucionario hasta la integración de este en el Movimiento de Liberación Comunista en 1977. Sus estrechas relaciones con la UCL a menudo han provocado confusión. Cf. García Alcalá, 1997, p. 684. Antoni Castells
- ¹⁷ *Manifiesto-programa de formación*, ediciones Comuna, Barcelona, verano de 1971.
- ¹⁸ *Ibid.*, p. 12.
- ¹⁹ *Cultura*, febrero de 1975, pp. 2-3.
- ²⁰ *Ibid.*, p. 1.
- ²¹ *Acerca de la situación actual*, marzo de 1974, p. 4.
- ²² Sánchez Rodríguez, 2004, pp. 155-160.
- ²³ *Acerca de la situación actual*, diciembre de 1976, p. 9.
- ²⁴ *Cultura*, febrero de 1975, pp. 2-3.
- ²⁵ La escisión afectó principalmente a Asturias, Madrid, Valladolid, Valencia y, en menor medida, a Vizcaya. Bermúdez, Pérez Serrano y Roca, 2019, p. 364. Servicio Central de Documentación, 1975, p. 3.
- ²⁶ AFPI, ACZ-181-13, «Informe de las reuniones del Comité de Enlace POUM-Lucha Obrera», 1973-1974.
- ²⁷ AFPI, ACZ-181-14, «Documentos elaborados conjuntamente por el POUM y Lucha Obrera como bases de discusión: «Por el reagrupamiento de los marxistas revolucionarios», 1973-1974.
- ²⁸ Anteriormente se denominaban Oposición Marxista, fruto de la convergencia de dos escisiones, una de AC y otra del PSOE (*Cultura*, septiembre de 1975, [p. 7]). Al unirse con el grupo sevillano, adoptan el nombre de OC. Carrillo-Linares, 2008, p. 419.
- ²⁹ El Grupo Asturias nació como corriente interna de Comisiones Obreras, en torno a 1973.
- ³⁰ *Cultura*, noviembre de 1974, pp. 3-4.
- ³¹ *Boletín para el reagrupamiento de los marxistas revolucionarios*, 1, enero de 1975, p. 1.
- ³² *Cultura*, 1, diciembre de 1974, pp. 14-16.
- ³³ *Boletín por el reagrupamiento de los marxistas revolucionarios*, 1, enero de 1975, p. 2.
- ³⁴ *Cultura*, febrero de 1975, pp. 18-21.
- ³⁵ El «sector continuista» del FOC, encabezado por Toni Castells y Mercé Soler, se unió a otros militantes del FOC de Mataró y Barcelona, como el abogado laboralista Pep Manté o Jaume Barcerán, para crear en abril de 1970 el Grupo Comunista Revolucionario (GCR).
- ³⁶ En castellano, Hermandad Socialista. Surgido del Partido Socialista Valencià a finales de 1970. Se definen como comunistas no autoritarios, con influencias anarquistas y ecologistas.
- ³⁷ Escisión de la organización Octubre en junio de 1975. Se definían como «comunistas revolucionarios» y su objetivo era «impulsar y apoyar todo intento que se dirija hacia la formación de una o[rganización] de m[asas]. unitaria de todo el Estado Español, capaz de dirigir la lucha de masas por la vía revolucionaria». *Insurrección*, 1, septiembre de 1975, p. 4.
- ³⁸ *Cultura*, marzo de 1976, pp. 21, 24-25.
- ³⁹ *Insurrección*, 3, julio de 1976, p. 4.
- ⁴⁰ *Cultura*, 103, diciembre de 1976, pp. 7 y 28. *Acerca de la situación actual*, enero de 1977, pp. 1-2.
- ⁴¹ Peña y Pérez Serrano, 2021.
- ⁴² Entrevista a Jesús Ricart, 1 de marzo de 2019. Ricart fue militante de los COC-OIC y de las Plataformas

- de CCOO hasta 1976 en la provincia de Barcelona, fecha en la cual pasó a formarse de la UCL.
- ⁴³ *Lucha Obrera*, 23, diciembre de 1974, p. 2. La cursiva es nuestra.
- ⁴⁴ Un análisis más detallado de estos conceptos en López Petit, 1979, pp. 18-22.
- ⁴⁵ Cf. *Boletín por el reagrupamiento de los marxistas revolucionarios*, 3, octubre de 1975.
- ⁴⁶ Que lo llevó a la unificación con el Movimiento Comunista en febrero de 1979, Pérez Serrano, 2015, p. 118.
- ⁴⁷ Esta dinámica queda patente en la reunión que mantuvieron militantes de todas las organizaciones que confluían en el MLC (a excepción del GCR) el 3 de octubre de 1976 en Madrid, *vid. Cultura*, 102, noviembre de 1976, [p. 2].
- ⁴⁸ *Acerca de la situación actual*, enero de 1977, p. 5.
- ⁴⁹ *Ibid.*, p. 6.
- ⁵⁰ *Cultura*, octubre de 1975, p. 12. La cursiva es nuestra.
- ⁵¹ Entrevista a Carles Valls, 11 de octubre de 2019.
- ⁵² *Gallo Rojo*, 11, abril de 1976, p. 3. Aunque es una publicación de la UCL, esta referencia dejó de aparecer en la portada a partir del número 3, publicado en febrero de 1974.
- ⁵³ *Cultura*, 103, diciembre de 1976, p. 30.
- ⁵⁴ Entrevista a Jesús Ricart, 1 de marzo de 2019.
- ⁵⁵ *Comuna*, 1, mayo de 1972, p. 2.
- ⁵⁶ *Cultura*, septiembre de 1974, p. 17.
- ⁵⁷ *Comuna*, 1, mayo de 1972, pp. 1-6.
- ⁵⁸ *Ibid.*, p. 5.
- ⁵⁹ *Manifiesto-programa de formación*, cit., pp. 39-41.
- ⁶⁰ Sans, 2017, pp. 137-150.
- ⁶¹ *Ibid.*, p. 227.
- ⁶² *Comuna*, 1, mayo de 1972, p. 9.
- ⁶³ *Ibid.*
- ⁶⁴ La presencia de la UCL en Plataformas se prolongaría, al menos, hasta marzo de 1974. *Tribuna de Teoría Comunista*, 2, noviembre de 1974, pp. 20-28.
- ⁶⁵ *Acerca de la situación actual*, marzo de 1974.
- ⁶⁶ *Cultura*, marzo de 1976, pp. 1-7.
- ⁶⁷ *Cultura*, 102, noviembre de 1976, pp. 28-31. *Cultura*, marzo de 1976, pp. 19-20.
- ⁶⁸ *Comuna*, 3, marzo de 1973, pp. 12-13.
- ⁶⁹ *Cultura*, septiembre de 1974, p. 2.
- ⁷⁰ *Cultura*, abril de 1976, pp. 1-3.
- ⁷¹ *Manifiesto-programa de formación*, cit., pp. 16-19.
- ⁷² Entrevista a Jesús Ricart, 1 de marzo de 2019.
- ⁷³ *Acerca de la situación actual*, [diciembre de] 1973, p. 1.
- ⁷⁴ *Ibid.*, p. 8.
- ⁷⁵ *Acerca de la situación actual*, marzo de 1974, pp. 5-6.
- ⁷⁶ *Ibid.*, pp. 3-5.
- ⁷⁷ *Acerca de la situación actual*, diciembre de 1976, pp. 5-6.
- ⁷⁸ *Ibid.*, p. 6.
- ⁷⁹ *Gallo Rojo*, extra 2, 1975. *Lucha obrera*, 10, febrero de 1978, p. 2.
- ⁸⁰ *Acerca de la situación actual*, diciembre de 1976, p. 2.
- ⁸¹ *Ibid.*, p. 8.
- ⁸² *Acerca de la situación actual*, [diciembre de] 1973, pp. 1-5.
- ⁸³ *Ibid.*
- ⁸⁴ *Acerca de la situación actual*, septiembre de 1974, p. 5.
- ⁸⁵ *Ibid.*
- ⁸⁶ *Acerca de la situación actual*, diciembre de 1976, p. 5.
- ⁸⁷ McAdam, McCarthy y Zald, 1999; Tarrow, 1994.
- ⁸⁸ *Cultura*, 103, diciembre de 1976, p. 25.
- ⁸⁹ El salario mínimo mensual fijado en marzo de 1976 era de 10.350 pesetas mensuales. *Boletín Oficial del Estado*, 75, de 27 de marzo de 1976, pp. 6.200-6.201. En el mismo período, a los liberados del PTE les era asignado un «salario» de 5.000 pesetas mensuales. Entrevista a Manuel Gracia Luño, 7 de noviembre de 2019.
- ⁹⁰ Entrevista a Jesús Ricart, 1 de marzo de 2019.
- ⁹¹ En su momento de máxima expansión, la izquierda revolucionaria no llegó a agrupar a más de 50.000 militantes. Roca, 1994, p. 35. Álvaro Soto concuerda en términos generales, puntualizando que «no llegábamos al 3% de los ciudadanos con derecho al voto», lo que para 1977 marcaría un techo en torno a los 700.000 partidarios de la izquierda revolucionaria, cifra que no debe dejar de ser orientativa para establecer una horquilla orientativa a la hora de calcular los apoyos informales de tal corriente política. Soto, 2016, p. 19.
- ⁹² Pin, Quintana, y Pubill, 1980, pp. 17-18. López Petit, 1979, pp. 18-22.